

LA ROSA Y EL POEMA

Jorge dejó a su madre en la planta primera del aparcamiento de Torre Sevilla como cada 22 de mayo de los últimos cuatro años, se despidió con un beso y le recordó que la recogería sobre las dos. Julia observó cómo el coche de su hijo se alejaba hacia la rampa más cercana. Minutos después, se introdujo en el ascensor para dirigirse a la recepción. Una vez allí, solicitó la tarjeta de la habitación 2010, que dos meses antes había reservado. Pagó por adelantado y ascendió a la planta veinte con algo de nerviosismo. Abrió la puerta con la incertidumbre de que en esta ocasión no se repitiera el regalo. La persiana se plegó y el resplandor del sol alumbró el escritorio: allí se hallaba la rosa roja sobre un poema de amor y la tarjeta de felicitación que cada 22 de mayo desde hacía cuatro años Julia recibía. Un mes antes, una carta certificada le recordó que no faltara a la cita.

Jorge comenzó a impacientarse, su madre nunca le hacía esperar. La inquietud se fue transformando en preocupación, conforme el tiempo transcurría. Julia no se hallaba en la columna en que su hijo solía recogerla cada 22 de mayo, día en que celebraba su onomástica con las amigas. Antes de tomarse el aperitivo, acostumbraban subir a la terraza de Torre Sevilla para disfrutar de la perspectiva de la ciudad. Así se lo explicó Jorge al policía en el aparcamiento, tras la llamada al 092, y añadió que, sobre las dos, siempre puntual, la recogía en un punto exacto. Recorrieron cafeterías, tiendas, jardines cercanos, pero ninguno de los que vieron su retrato la conocía, ni la había visto recientemente. Las indagaciones le llevaron a la recepción del hotel. Por fin una pista, la recepcionista se acordaba de ella: estuvo aquí esta mañana, su habitación es la 2010. Un empleado del hotel les abrió la puerta, dado que nadie contestaba desde el interior de la habitación. Sentada en un sillón, con la vista perdida en el cielo, encontró Jorge a su madre. Sus manos apretaban sobre su pecho una rosa roja y un poema. Jorge comprobó que, aunque su madre ya no estaba en este mundo, su rostro se había apagado envuelto en una sonrisa.

El caso de la desaparición de Julia quedó cerrado, al hallarla en la habitación del hotel y certificar el médico que la muerte se produjo de forma natural. No obstante, Jorge no comprendía por qué su madre le había engañado. Días después del entierro, volvió al hotel. La misma recepcionista le atendió amablemente, le explicó que su madre realizaba la reserva con antelación cada año, siempre solicitaba que le fuera concedida la habitación 2010, nunca se despedía y abonaba su importe por adelantado. Aun así, Jorge se planteaba algunas incógnitas no resueltas: ¿por qué su madre acudía cada 22 de mayo a la misma

habitación de un hotel? ¿quién le enviaba la rosa roja y el poema? La recepcionista le comentó que la rosa y el poema, junto con la tarjeta de felicitación, llegaban al hotel con las primeras luces del amanecer. Un joven nos recordaba cada año que ambos presentes debían colocarse sobre la mesa de la habitación ante de que Julia llegase. La recepcionista no supo darle más detalles sobre la persona que enviaba los regalos, desconocía si era un amor secreto o un antiguo amante. Jorge le explicó a la recepcionista que su padre murió en 2017. Le descubrieron un tumor avanzado y en un par de meses falleció. ¿Cuántos años llevaba mi madre reservando la habitación? La recepcionista lo comprobó: cuatro años, desde 2018, aunque en 2017 estuvo, según nuestro archivo, con un señor que se apellida Márquez, Enrique Márquez Moreno. Jorge le aclaró que se trataba de su padre. El 22 de mayo de aquel año sus padres celebraron la última onomástica juntos en la habitación 2010. Dos semanas más tarde, falleció.

Jorge recordó días después que aún quedaba por aclarar el misterio de la rosa y el poema. Visitó todas las floristerías de Sevilla, pero ninguna supo resolverlo. A la vuelta, cerca de donde sus padres vivieron, una mujer de mediana edad vendía flores. Sentada sobre una banqueta y apoyada sobre la pared ofrecía rosas y claveles a los viandantes. Jorge se acercó a la florista, esta le miró fijamente: desde que me llegó la noticia del fallecimiento de Julia, le esperaba. La mujer llamó a su nieto para que se encargara de las flores y ambos se sentaron en un banco cercano: Dos semanas antes de que su padre falleciera, vino a verme. Me comentó que había celebrado la onomástica de su esposa en el hotel Torre Sevilla, en la habitación 2010, o lo que era igual, 20 de octubre, día en que se conocieron. Aquellas horas las vivieron como si fueran un primer encuentro. Su padre le regaló a Julia una rosa roja y un poema. Al día siguiente, habló conmigo y me entregó una importante suma de dinero con el propósito de que tras su muerte me encargara de recordarle a su mujer lo mucho que la quiso. Me rogó y se lo prometí que Julia nunca sabría la procedencia de la rosa y el poema, siempre el mismo poema. Durante cuatro años he cumplido mi promesa. Le enviaba la carta certificada para que reservara la habitación y más tarde le recordaba la cita. Ya conoce la verdad, le devolveré el dinero sobrante: ¡no! ¡quédeselo! Solo devuélvame el poema: *Hicimos el amor a través de las nubes, / descalzos y húmedos; / transformados en poema, vencimos a la tierra. / En el alba desnuda de mis exequias / perdóname por los besos que no te he dado.*